Antón Costas

Lo que la investidura esconde

El análisis de las causas del fracaso de las sucesivas investiduras tiene, a mi juicio, un excesivo sesgo ideológico y subjetivo. El argumento más común es *ad hominem*, ya sea contra Mariano Rajoy o contra Pedro Sánchez. La conclusión lógica de este tipo de argumentación es que la solución al nudo gordiano es cambiar las personas. Pero hay otros elementos escondidos que explican mejor el bloqueo.

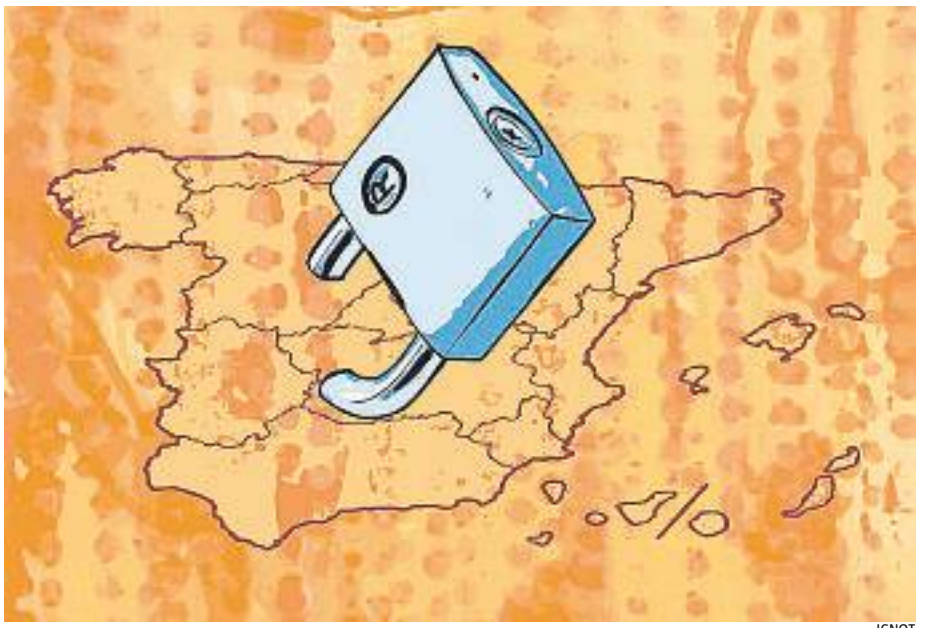
Para verlo, hagámonos dos preguntas. ¿Por qué Mariano Rajoy se ha empecinado desde las elecciones del 20 de diciembre en buscar de forma prioritaria el apoyo del PSOE, su principal rival? Y, por otro lado, ¿por qué Pedro Sánchez se ha negado en redondo a cualquier tipo de apoyo, aun cuando sólo fuese pasivo (abstención), y se ha limitado a buscar apoyos hacia su derecha?

A estas alturas de la película estas preguntas pueden parecer fútiles dado que uno y otro han dado argumentos para justificar su posición. Pero tengo para mí que los argumentos ideológicos, morales y personales utilizados para bloquear la investidura son parte de la historia, pero no son toda la historia. Hay escondido algo más.

Antes de ver de qué se trata, déjenme recordar una vieja regla práctica de política parlamentaria. Dice que, cuando un partido conservador no encuentra fuerzas políticas más a su derecha con las que pactar, acaba viéndose obligado a dejar gobernar a la izquierda. De la misma forma, cuando un partido de izquierda no tiene fuerzas políticas a su izquierda con las que pactar, ya sea por razones ideológicas o programáticas, se ve obligado a dejar gobernar a la derecha. Esta regla puede explicar el doble bloqueo. Y avalaría la opción de la gran coalición entre el PP y el PSOE, o la opción más pragmática de dejar gobernar al partido que haya sacado más votos.

Pero, antes de llegar a esa conclusión, preguntémonos dos cosas. ¿Por qué además de buscar el apoyo de Ciudadanos y de CC el PP no ha ido al encuentro del PNV o de la antigua CDC, como lo hizo José María Aznar en una situación similar? Por otro lado, ¿por qué el PSOE, además de con Ciudadanos, no ha buscado el acuerdo con Unidos Podemos, ERC o la propia CDC?

> Si la política española sigue funcionando sin abordar el problema territorial, será una solución coja e incómoda



IGNOT

Posiblemente la razón es la misma en ambos casos. Si el PP hubiese buscado al PNV o a la antigua CDC, habría tenido que aceptar hablar de la reforma del Estado de las autonomías y de su financiación. Eso hubiese provocado fuertes tensiones dentro del partido. De la misma forma, en el caso del PSOE ir a la busca del apoyo de Unidos Podemos, ERC o CC le hubiese obligado a plantear la cuestión territorial. Pero eso posiblemente hubiese roto la frágil unanimidad interna entre los distintos barones y baronesas territoriales.

El resultado de ese temor común es que la cuestión territorial ha quedado escondida. Los acuerdos entre PSOE y C's y entre este y el PP han girado sobre tres ámbitos: economía, cuestión social y regeneración de los partidos. No sobre la cuestión territorial. Es decir, se han movido en el eje izquierda-derecha. En ese eje horizontal, si el uno no tiene a nadie a su derecha con quien pactar y el otro no lo tiene a su izquierda, la solución lógica es el acuerdo entre ellos.

Pero la política real, la que se vive a lo largo de toda España, descansa también sobre un segundo eje, por decirlo así, vertical: el del reparto del poder político entre gobierno central y gobiernos autonómicos y el de las capacidades de decisión de los ciudadanos que viven en cada territorio. La ocultación de este eje se ha visto favorecida por la retórica política utilizada. La división bipolar en partidos "constitucionalistas" y "no constitucionalistas" ha dado por probado que los partidarios de la reforma territorial del Estado, sean o no partidarios de referéndums, no caben en la Constitución. Y, por tanto, deben ser echados del acuerdo para la investidura. Se les ha demonizado antes de ponerse a hablar. Esta retórica es perversa. En la Constitución caben también los partidarios de cambiarla. La cuestión no es lo que se desea, sino cómo se pretende alcanzar. Si es por los caminos legalmente establecidos, no hay nada que objetar, como ha señalado el Tribunal Constitucional.

Como la investidura ha escondido este segundo eje de la vida pública española, se ha abocado al bloqueo. Si se introduce, la vida política se enriquecerá y las posibilidades de acuerdo se ampliarán. La solución no es, por tanto, nuevas elecciones, sino más discusión política.

Naturalmente, la política española puede seguir funcionando sin abordar el problema territorial. Y posiblemente lo haga. Pero será una solución coja e incómoda. Y cojeando no se puede ir muy lejos.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Jordi Llavina

Muñecos de paja

A menudo me pregunto acerca del funcionamiento, tan caprichoso o aleatorio, de la memoria. ¿Por qué recordamos según qué y, en cambio, no retenemos elementos claramente más relevantes? ¿A qué se debe que, en la evocación personal de un hecho, no aparezca aquello que, por el contrario, no falla jamás en la de nuestros hermanos o primos, que también estaban allí?

Hace poco recibí, procedente de una casa que para mí fue familiar, un hato de libros y papeles muy viejos, personales. Entre tanto papel, algunos pliegos de poemas míos escritos –los más añejos– en 1982. El primero de todos, perpetrado a la edad de catorce años, se titulaba *Muñecos de paja*, y era una suite poética lastrada por mi admiración adolescente por Salvat-Papasseit. De entre todo ese *tesoro* de papel marchito y grapas oxidadas (que también mancharon de óxido el papel), rescaté un capítulo fotocopiado del libro cuarto de *El Espectador*, de Ortega y Gasset, titulado "Las dos grandes metáforas", una delicia.

Alguna vez, evocando ese ensayo de Ortega leído treinta años atrás en mi primer curso de carrera, había intentado dar con él en alguna librería, siempre infructuosamente. Ahora, y del modo más azaroso, ha vuelto a mis manos y a mis ojos. Recordaba de él lo que hoy constato que es un ejemplo marginal, prescindible, en la argumentación del filósofo madrileño. Cuando este defiende que el conocimiento humano presta más atención a lo que se mueve que a lo que está siempre quieto, aduce lo siguiente: "Los que habitan junto a una catarata no suelen oír su estruendo, y, en cambio, si acaso cesa el torrente, perciben lo que menos pudiera creerse: el silencio". Entonces, tres decenios atrás, al leer el texto por vez primera, ¡ni siquiera subrayé el ejemplo! Pero eso era todo cuanto yo recordaba del ensayo orteguiano: ¡nada más que un detalle!

Hace años, el poeta Jaume Subirana se preguntaba qué acabamos recordando de las novelas que leemos. En ocasiones, son cosas que nada tienen que ver estrictamente con el texto y sus valores (el lugar donde leímos el libro, la chica que nos lo regaló, el aroma inmarcesible de la tinta...). Diría que, de la mayoría de los títulos que he leído, conservo en el recuerdo detalles que, en el mejor de los casos, no merecerían ni el subrayado. Y, aun así, son detalles que me hicieron entrañables dichos libros, y memorables, a pesar de todo.●

Pilar Rahola

Agustina Madrigal

La señora Madrigal, fiscal general del Estado por la gracia del gracioso partido del Gobierno, ha hecho saber a tirios y a troyanos –y a los rudos espartanos de la zona nordeste peninsular– que quienes incumplen la ley "ponen en peligro la democracia" y que "la ley está por encima de todo", cita textual de su apasionada declaración de principios. Y así, parapetada en el alto altavoz del inicio del curso judicial, flanqueada por la testa coronada y el ministro del ramo y beatíficamente aplaudida por el presidente del Constitucional, se ha mostrado cual Agustina de Aragón, decidida a ser el martillo que aplasta sin piedad a las huestes delictivas. ¿Normal que hiciera tamaño discurso de carga política una fiscal general? Para nada, pero todo vale si el objetivo es noble.

Oído barra el discurso, no cabe más que aplaudir a tan entusiasta señora, convencida de que su arrojo dejará en la cuneta a los susodichos incumplidores de la ley. Y se le amontona el trabajo, porque, si quiere cumplir su propósito, tiene tal cantidad de nombres sobre la mesa que necesitará vidas extras para cumplirlo. Por ejemplo, podría empezar por los ministros que conspiran con directores de Antifraude para destruir la credibilidad de sus adversarios políticos. Una imagina, en su ingenuidad, que eso pone en peligro la democracia. Al tiempo, también investigará si son ciertas las acusaciones de los banqueros andorranos que acusan a altos cargos españoles de amenazas, para obligarles a dar información sobre políticos catalanes. Por cierto, la declaración de Higini Cierco en sede judicial, donde da jugosos detalles de la cosa, es una auténtica crónica de los horrores.

> Flanqueada por la testa coronada y el ministro del ramo, se ha mostrado cual Agustina de Aragón

Y suma y sigue, la lista es inacabable, desde los exministros con piedras panameñas en la mochila que ahora quieren representar a España en el Banco Mundial –¿será eso bueno para la democracia?– hasta la cantidad ingente de altos cargos del PP implicados en temas judiciales.

"El 75% del gobierno Aznar está imputado, cobró sobresueldos o duerme en prisión", según información de *Público*. Y los de la época Rajoy, Bárcenas mediante, no se escapan de la foto. Es decir, que si Madrigal quiere perseguir a quienes dañan a la democracia española, tiene tela para muchos trajes. Porque... ¿de eso se trata, verdad? Pues será que no, y como es de rigor en los tiempos del PP y cierra España, la fiscal general sólo se refiere al conflicto catalán, cuyo proceso ciudadano, que implica a millones de personas, parece que no debe resolverse con la política, sino haciendo resurgir los métodos de la Inquisición en versión maquillada. Lo cual es más de lo mismo, porque después de saber lo que se cuece en los despachos de Interior no sorprenden los arrojos de una fiscal puesta por el partido que gobierna contra un proceso ciudadano pacífico. Todo ello, por supuesto, muy bueno para la democracia.●